

Saca una gata y por entre los materiales oímos la cuchada extraída de un viejo fio, jorobado, de color moratón. Viene hacia el pueblo de Prada aplaudiendo sus «pasiones» desgastado. Por delante, el fiofio; por detrás, la insuperable bota de vino que ha llevado

poco antes en la taberna de Alberguería. Corre un verano de la segunda década del siglo. Puede ser 1917 o 1918. Salvador va a anidar con sus hijas nacidas a los agricultores que trillan centeno en las cruzas. Al «gaitero» ya le queda poca vida. El último habitante de

Oleiros murió poco después abandonado en una bodega de Prada. Su aldea natal ya era, entonces, un pueblo «abandonado». Del lugar solo quedan hoy vagos recuerdos y los datos que el historiador Castro Vélez ha recopilado de los archivistas.

Vectinos de Prada precisan la ubicación de un antiguo y desconocido pueblo de A Veiga que nadie sabe cuándo desapareció

En busca de Oleiros, la aldea perdida

OLIBRAS, L.P.F.

Resumen

En A Veiga nadie recuerda el nombre de Oleiros. Casi nadie conoce que hubiese una aldea con ese nombre en la zona. Se da fin al pueblo número 34 del lugar. Se sabe que desapareció sin que se pueda precisar a cierta cierta fecha.

Oleiros nació, hacia mediados del siglo XVIII, cerca casas, otras casas vecinas y un total de 16 habitantes que vivían básicamente de la agricultura. Pocas casas tenían de harina y pagaban 280 reales de velez por distintos impuestos —según los datos aportados por el historiador valdeorrasí Antoni Casero Vigo—.

La aldea estaba situada hacia el Este, a 1 kilómetro de Prada y a poco más de 500 metros de Alberguería, pueblo que, curiosamente, también estuvo considerado a desaparecer docenias años más tarde. Perdió su esplendor en una pequeña encrucijada del Norte. Oleiros gozaba de excepcionales bondades climáticas. Sus habitantes cosechaban buenas berzas, lechugas, berros, rúculas, colifloras, lino y tomates para ganado.

En la aldea no había, sin embargo, tabernas ni establecimientos. En los raros partidos restantes habría un total de veinte y cinco, respectivamente. Temporalmente disponían de terrenos comunitarios —instalados en la zona a mediados del XVIII—, pero si podían algunos robar de castaños y acebos, ribesos, etc., en todo caso, no eran de



Aquí los personajes más curiosos, pueden apreciar algún testimonio escrito del desaparecido oleiro que habita en la zona que rodea la fotografía

tallos apelados, por ser de montaña, el que se producía en la zona, tal y como asegura Castro Vélez.

Los dieciocho habitantes de Oleiros se agravaron de tal y nacieron en el caserío de Alberguería, que era el más cercano. También se nacieron de otros predios necesarios en la taberna de Prada.

Oleiros tenía, oficialmente, el mismo cargo administrativo que el resto de los 10 núcleos de A Veiga, es decir, el de parroquia o lugar. Todas ellas pertenecían a la Jurisdicción de O Pollo —en las fechas citadas no se habla menciones a

provincias—, y era, junto con los pueblos de Candoso y San Paio de Oleiros, la aldea menos poblada de la zona.

Dicen las mujeres, todas ellas vecinas de Prada, la mayoría con más de 80 años a sus espaldas, más nos capaces de apurar estos datos sobre esta aldea desaparecida. Los conocen por boca de algunos de sus antepasados y por eso pueden precisar con cierta exactitud la ubicación del antiguo pueblo de Oleiros.

También hablan de una finca «casilla», una construcción más parecida a una chata que a una vivienda en él, en la que naci-

ó —»Salvador de Oleiros», como se lo conocía en la zona.

Más de esta casa ni de ninguna otra quedan restos en el lugar indicado. Tampoco se conservan los de una gran finca que los señores de Prada tuvieron, más tarde, más recordada. «Otra cosa fuerte de piedra está bonita que está en caña pola que está a sanga, cuenta uno de ellos.

En el lugar en el que se asentaba que estaba el pueblo, a escasos metros de las aguas del embalse que engolpe Alberguería, hoy sobre un cerrado de piedra, un prado de un ganadero de Prada y muchos otros huertos que lo han ocupado todo.

Inseparable de su beta de vino que llenaba en Alberguería

Salvador era, además de jornalero y ganadero, un bodeguero nato, según se dice. No se separaba jamás de su parra ni de su taza de vino que mandaba hacer en la cantina de Alberguería. «Unha vez beberon más de cincuenta botellas al día», dice Salvador de Oleiros.

En Prada, como ponen en soberanas grabaciones y las literaturas —básicamente cartas—, que las vecinas le llevaban hasta la bodega en la que vivía, José Fernández cuenta que los niños iban a verlo todos los días: «me daba mucha saña de escuela na unha meter allí con ell». Según lo corroboran otras vecinas, «en Salvador de Oleiros, aunque era moi rico, levantaba mollos con regocijo de pollas».

Los últimos habitantes de la desaparecida aldea de A Veiga se marchó hacia 1917 o 1918, según las estimaciones de estas mujeres. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Prada. La bodega en la que pasó sus últimos días está hoy en ruinas.

El último habitante, que «era feo, jorobado y de mal color», tenía amistad con los niños

«O Salvador de Oleiros era una persona muy fea, andaba medio jorobado y tenía mal color na cara», asegura Josefina Fernández, una vecina de Prada que acaba de cumplir 83 años de edad y que todavía recuerda al que fue último habitante de la aldea desaparecida. Esta anciana también asegura que Salvador era, posiblemente, hermano de Santina, una mujer que ella no llegó a conocer por parte de la que habla este habitante, en repetidas ocasiones, a sus padres y abuelos, Bernardo y Salvador. Fueron los únicos habitantes de Oleiros.

José Fernández dice que Salvador era «soltero y gafeiro», y que iba a Prada «a ver las cosas buenas cosa, cosas que le dejaban». También ejercía de almacén buñito durante la época de la villa y acudía

a las crías con su gata gallega para animar a los criadores: «Tocaba a gata nos almas y avisaba cada quinientos o setenta mil millas para que os criadores volvieran allí con malas (intenciones) con los que se golpeaba la paja para sacarla el gato», explica esta vecina. Luego cuenta que a Salvador se le rayó la «cuchada» de Oleiros y que desde entonces se fue a vivir a una bodega del pueblo de Prada en la que «dormía nun camastro con lana en la ladeira».

Vivir sola en una bodega

Cuando aún vivía en Oleiros, a escasamente un kilómetro de Prada, Salvador acostumbró su visita haciendo sonar su gata gallega de la que no se separaba en ningún momento. «Cada mañana tocaba la gata ell

al alba, alrededor, si todos dormían», afirma Josefina Fernández.